

RESEÑA / BOOK REVIEW

Azara, José Nicolás de. 2024. *Correspondencia confidencial con Manuel de Roda (Roma, 1768-1780)*. Introducción, edición y notas de Gabriel Sánchez Espinosa (dos volúmenes). Zaragoza: Institución Fernando el Católico. 1462 págs.

Guillermo Fernández Ortiz

Universidad de Oviedo, España,

fernandezguillermo@uniovi.es, <https://orcid.org/0000-0002-4572-8236>

Copyright: © 2026 Editorial CSIC. Este es un contenido de acceso abierto diamante distribuido bajo los términos de la licencia de uso y distribución Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0).

Desde hace varias décadas los epistolarios dieciochescos vienen siendo objeto de estudio y edición, bien se trate de primeras figuras, o de personajes menos relevantes. Goya (Canellas López), Moratín (Andioc), Cadalso (Glendining), Jovellanos (Caso González), Rodríguez de Campomanes (Cejudo López, Herrera Navarro), Mayans (Mestre Sanchis) y un largo etcétera cuentan ya con ediciones sistemáticas de sus correspondencias. Con ellos, ya sonaba el nombre de Azara, pues las 738 cartas del erudito de Barbastro reunidas por Gimeno Puyol (2010), las 370 editadas por Ciavarella (1979), en colección corregida y ampliada por López Souto hasta las 530 (2018), y las publicadas por Cátedra (2013), sumadas a las que habían venido apareciendo sueltas, daban cuenta de un intercambio epistolar más que significativo.

En esta ocasión, Gabriel Sánchez Espinosa nos ofrece en elegante, minuciosa y rigurosa edición crítica las 528 cartas confidenciales (en otro lugar andarán las de oficio) que «el caballero aragonés José Nicolás de Azara» (el eslogan es de Gimferrer), Agente de Preces en Roma, remitió semanalmente a Madrid a su paisano, el también maño Manuel de Roda y Arrieta, entonces ministro de Gracia y Justicia, entre el 7 de enero de 1768 y el 28 de diciembre de 1780 (101). Salvo algunas semanas puntuales en las que parece que no remitió misiva alguna (14 de enero de 1768), la correspondencia fue continuada y solo se interrumpió sistemáticamente en los años de residencia madrileña de Azara, a mediados de la década de 1770 (58). Únicamente es de lamentar que de este diálogo epistolar solo conozcamos la voz de Azara.

Ciertamente, el texto de las cartas ya había sido publicado a mediados del ochocientos (en la madrileña imprenta de J. Martín Alegría), pero desde hacía tiempo se venía reclamando una nueva edición sobre los originales custodiados en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, adonde fueron a parar en 1922. De esta demanda académica llega la presente colección, para la que Sánchez Espinosa, además de ocuparse de la fijación textual, somete cada misiva a una cuidada anotación: personajes, lugares, impresos, manuscritos, origen de las expresiones de Azara, vocabulario, hechos históricos, etc. Como en las buenas recetas: a cada carta, lo que pide.

Cada carta del epistolario va numerada y lleva al frente la fecha en la que fue escrita por el propio Azara. La inmensa mayoría de misivas son autógrafas del aragonés y solo en ocasiones puntuales hubo de servirse de amanuense, limitándose aquel a unas líneas tras la fecha (127). Algunas tienen anotaciones posteriores, también autógrafas, de Manuel de Roda (31 y 872).

El epistolario conjuga el rigor de la edición científica con la voluntad de ser accesible a un público *lo más amplio posible* (10). Se explicitan, como es de rigor, las normas seguidas (126-129): se moderniza

la ortografía a nuestros usos, se normalizan los nombres de personas y de lugares, y se puntúa el texto para su recta interpretación. También se desarrollan las abreviaturas, aunque no coincido a propósito de la lectura de V. M. como *usted*, según propugnaba Caso dado que en el curso del setecientos nadie leía *Vuestra merced*. Sin embargo, léase lo que se lea, V. M. es forma abreviada de *Vuestra merced*, no de *usted*.

En cualquier caso, junto a la rigurosa edición, un amplio estudio introductorio es la ocasión para precisar que estamos ante una correspondencia de trabajo, no de amistad, y que en ella se informa de la política eclesiástica romana (29), dando Azara la «imagen [de una Roma] desacralizada y un comentario muy libre sobre» la ciudad (10); sin embargo, no solo, dado que la historia, el arte y la literatura tienen cabida con asiduidad entre el sinfín de temas abordados por ambos correspondientes (60). Una correspondencia de la que no dejan de ser posibles otras lecturas (más allá de lo que se dice, el cómo se dice), y así en ella vemos cómo Azara se sirve de galicismos e italianismos, refranes y adaptaciones de citas (normalmente de procedencia bíblica o de la literatura grecolatina), pese a que en otros lugares de su obra escrita (la destinada al público) defendiese unas ideas diferentes a propósito de los usos del español escrito (66-67 y 69).

En este marco preliminar, se actualiza la biografía de Azara, sobre todo en sus días como Agente de Preces (1768-1780), para lo que, además de una bibliografía muy puesta al día, se emplean el propio epistolario y un significativo número de fuentes de archivo manuscritas, que denotan el conocimiento exhaustivo que posee el editor.

Así mismo, Sánchez Espinosa se acerca al perfil de hombre de letras e ilustrado *carlotercerista* del aragonés, «destacado colaborador del gobierno reformista en sus planes de modernización» (56), profundamente antijesuitico, satírico y mordaz (especialmente con papas, cardenales, embajadores y, todavía más, con los propios teatinos). Recuerda al Azara promotor de excavaciones arqueológicas, pero también al coleccionista, ya fuese de libros (bibliófilo, que no bibliómano, como magníficamente sabe el editor), o de bustos y de esculturas griegas, romanas y etruscas, y de porcelanas chinas y japonesas (96). Lejos ya de la erudición, muestra a un Azara amigo de recibir en sus sucesivos domicilios romanos a todo español que por uno u otro motivo se hubiese de desplazar a la ciudad, según el aragonés se jacta en la propia correspondencia con Roda (61 y 966).

Por último, en este estudio preliminar se analizan el contexto y las motivaciones que animaron la primera edición de las cartas confidenciales enviadas por Azara al ministro, que encontró, sin embargo, el rechazo de la familia del aragonés (esencialmente de su sobrino), deseosa de construir una imagen diferente (casi antagónica) de su difunto pariente (116). Sánchez Espinosa sitúa su publicación en el entorno de Luis de Usóz, con Juan de Aguirre y el abogado Tomás Fernández Vallejo (104-106), determinando que la hay «que encuadrar en la voluntad de los liberales españoles durante los primeros años del reinado de Isabel II de recuperar la tradición histórica del reinado de Carlos III, sentida por estos como un precedente político» (102), en un «contexto de enfrentamiento entre el estado liberal y Roma», época en la que «los liberales progresistas (...) se pertrechan del precedente histórico que les ofrece el regalismo y jansenismo español bajo Carlos III como argumentario en su conflicto político, económico e ideológico con la Roma de su tiempo» (111).

Además, completan los dos gruesos volúmenes una detallada bibliografía (vol. 1, 131-147), así como la relación de fuentes manuscritas empleada para el estudio preliminar (130-131), y un completo índice onomástico (vol. 2, 1407-1458).

En definitiva, es esta rigurosa (re)edición que ahora tenemos de la correspondencia confidencial de Azara con Roda (en magnífica impresión de la Institución Fernando el Católico también disponible en línea), fruto de los desvelos y el esfuerzo de Gabriel Sánchez Espinosa (Gimferrer había escrito que podía ser necesario un grupo de especialistas para la tarea), la ocasión idónea para recordar –con Hazard– al noble aragonés como a uno de aquellos tipos que se pasaba la noche escribiendo después de haber escrito todo el día. Su nutrido epistolario es elocuente testimonio de la superabundancia de las correspondencias en los archivos de época moderna, a la que en fechas recientes aludía Olivier Poncet.